

Dejando de hablar madama de Clemira, ¿y qué, exclamó Pulqueria, se ha acabado la historia?... ¡Qué lástima!... — Si Melita, dijo Carolina, hubiese sido tan juiciosa como madama Steinhausse, nunca hubiera sido Delfina perezosa, caprichuda y mala; ¡ha, y cuánto vale una buena madre!...

Al decir estas palabras besó Carolina la mano á su madre. Mamá, dijo Pulqueria, no he querido interrumpir á Vd. en un paso interesante de su historia; pero tengo de preguntarle una cosa: ¿á qué mal de ojos se llama cataratas? — Á una enfermedad que quita la vista cuando se forma en los dos ojos. Al decir esto se levantó la Marquesa, y aunque era mas tarde que otras noches, á los niños les habia parecido breve la velada; se fueron á acostar con algun género de repugnancia, y toda la noche soñaron con Delfina.

Al dia siguiente Morel dijo á César que habia sacado la cuenta de lo que costaria todo lo que era preciso comprar para hacer el escaparate de vidrios destinados á las mariposas; y que este gasto subiria á siete ú ocho luises. Sería un gusto muy caro, dijo César, otros podremos buscar mas baratos: voy á ver á mis hermanas para quitarles esta idea de la cabeza. En efecto fué al instante al cuarto de las niñas: Vengo, les dijo, á ofreceros una ocasion de hacer ver á mamá que no nos ha contado en balde la historia de Delfina... — ¿Pues cómo, hermanito? — Sí, podemos hacerle conocer que nos han aprovechado las razones de madama Steinhausse: ¿os acordáis que dijo que no era justo satisfacer todos nuestros deseos? — Sí, ya me acuerdo. — Pues bien; nuestro escaparate para las mariposas costaria ocho luises. — ¿Ocho luises? — Nada ménos; y con esta cantidad podríamos hacer alguna buena obra... — ¿Se podría señalar una pension con ocho luises? — No, porque sería casi nada su rédito; pero estos ocho luises podrian aliviar á alguna pobre familia. — Pues segun eso, hermanito, abandonemos la idea del escaparate; no obstante, á saberlo, no hubiera trabajado tanto en aprender á hacer punto de malla... — ¿Y qué importa? ¡Tendremos tantas diversiones!... Haremos como Enriqueta; secaremos flores y plantas; aprenderemos la Botánica y la Agricultura... — Y pediremos á mamá dinero para hacer buenas obras... — Mamá no es tan rica como Melita, y solo ha venido aquí para no hacer gasto: no puede dar pensiones; pero ya sabéis lo caritativa que es con los pobres... — Era menester que procurásemos hallar alguna buena vieja muy

pobre; ¡si la pudiésemos encontrar ciega qué gusto sería! haríamos venir de Autun un cirujano para que le hiciese la operacion de las cataratas. — Seguramente; pero es menester que hagamos de modo que nuestras diversiones no cuesten mucho, pues no es regular que mamá nos dé al mismo tiempo dinero para nuestros gustos y para las cataratas. — Es verdad que no se puede lograr todo.

Despues de esta consulta fueron los niños al cuarto de su madre, y le dieron parte de la resolución que habian tomado. La Marquesa los abrazó, alabando la bondad de sus corazones. Conservad, les dijo, hijos míos, ese modo de pensar, pues con él aseguraréis vuestra felicidad y la mia; para premiaros desde luego prometo buscaros la ocasion de gastar como deseáis los ocho luises que hubiera costado el escaparate. ¡Ah! mamá, replicó Pulqueria, añada Vd. á esto una historia todas las noches, en vez de *en cuando en cuando* como habia Vd. ofrecido al principio. — Vengo en ello, con tal que no me deis motivos de queja; porque el que en el dia no sea bueno, por la noche no asistirá á la velada. — ¡Válgame Dios, mamá mia, qué rigor tan grande! — Pero ni tu hermano ni tu hermana se quejan. — Mamá, porque temen ménos que yo, que soy la mas jóven, y por consiguiente tengo ménos juicio. — Por lo mismo no exijo tanto de ti. — Verdad es, mamá, conozco lo equitativa que es Vd., pero no por eso dejo de temer que algunas noches tendré que irme á la cama sin velada.

Aquella mañana misma se fué César á pasear por el campo con Mr. Fremont, y habiendo llegado cerca de una choza, repararon que un muchacho daba golpes á otro mucho mayor y de mas edad que él. El mayor de estos niños se contentaba con evitar los golpes sin volverlos. Acercándose César á él le preguntó si era su hermano aquel muchacho que le estaba maltratando. — No, Señor, respondió él, es un vecino nuestro. — Muy malo debe de ser, replicó César; ¿y por qué cuando te pega no le das tú tambien? — Señor, no puedo, porque soy mas fuerte que él<sup>1</sup>. Al oír esto miró César á Mr. Fremont, y le dijo en voz baja: Vea Vd. un niño muy generoso; es menester informarnos si su familia es pobre... — ¿Cuántos años tienes? preguntó Mr. Fremont al muchacho. — Ocho años. — ¿Cómo te llamas? — Agustín, para servir á Vd. — ¿Tienes padre y

<sup>1</sup> El autor de esta obra ha tenido la satisfaccion de oír esta respuesta á un niño de ocho años.

madre? — Sí, Señor, á Dios gracias, y á mas á mas mi hermanito Colás, que solo tiene cinco años. Mire Vd. ahí enfrente tiene Vd. nuestra casa. — ¡Ah Mr. Fremont! dijo César, déme Vd. el gusto de que entremos en esta choza. Vino en ello Mr. Fremont, y Agustínico los condujo á ella. El abate habló con Magdalena su madre, que le hizo un grande elogio de este niño, que nunca le habia dado la menor pesadumbre, y que era tan dócil y aplicado que el señor cura le cuidaba particularmente, y se habia tomado el trabajo de enseñarle á leer. En efecto Agustínico hablaba demasiado bien para ser hijo de un aldeano; tenia ademas de esto un aspecto tan agradable que se llevaba la atencion de todos. Refirió Magdalena algunas acciones suyas muy bellas; alabó mucho el cariño que tenia á su hermanito Colás, aunque este solia ser muy inquieto y revoltoso.

Despues de esta conversacion César hizo prometer á Agustínico que le iria á ver á la Quinta; y saliéndose de la choza continuaron su paseo. Luego que Mr. Fremont se vió solo con César: ¿Ha comprendido Vd. bien, le dijo, toda la fuerza de la respuesta de este muchacho cuando le estaba pegando el otro: *yo no puedo darle porque soy mas fuerte que él?* — Sí, Señor, respondió César: tenia lástima de la flaqueza de aquel muchuelo. — Justamente, replicó Mr. Fremont, y considerando esta debilidad disculpaba su cólera y arrogancia. — Agustín se parece á Turco, el perro de presa de casa, que con tanta cachaza deja que la perrita de mamá le muerda. — Esta generosidad es virtud tan natural que se encuentra entre las naciones ménos civilizadas, y algunas veces en las clases mas ínfimas. Se lee en la Historia General de los Viajes que en el Malabar es mas seguro caminar bajo la escolta de un solo niño Nairo<sup>1</sup>, que bajo la de los mas terribles guerreros de la misma tribu; porque los salteadores del país solo acometen á los caminantes que van armados, y por el contrario tienen inviolable respeto á los indefensos y á los niños. Juzgue Vd., pues, por estos ejemplos cuán vil é infame es el hombre que carece de una virtud tan natural que la poseen un muchacho sin crianza, los animales, y aun los bandidos. Con razon se reputa por un monstruo al que abusa de sus fuerzas oprimiendo á otro mas débil; porque en efecto se le debe mirar como á un asesino. — ¡Asesino! — Seguramente; dígame Vd. ¿si un hombre

<sup>1</sup> La tribu de los Nairos es en el Malabar la de los nobles ó guerreros.

armado de una espada riñese con otro que solo tuviese un baston, no sería un asesino? — Sin duda, porque se ha de pelear con armas iguales. — Y si yo riñese con Vd. á cachetes, ¿sería igual la pelea? — No por cierto, porque un cachete de Vd. valdria por veinte de los míos. — Vd. no me podria herir, y á mí me sería facil matarle, por lo que riñendo con Vd. de este modo sería un asesino, pues empleaba toda mi fuerza contra quien tenia mucha ménos que yo. — Es evidente. — ¿Y qué juicio haria Vd. de una persona rica y de valimiento en la corte, que teniendo por su clase cierto dominio sobre la gente de menor esfera, emplease esta especie de superioridad para oprimirla? — Pienso que esta persona sería tan vil y tan cruel como la que riñese con alguno que estuviese indefenso. — Cuando Vd. sea hombre, ¿no cometerá una accion vil y cobarde si trata con dureza las personas que dependan de su arbitrio, su mujer, sus hijos y sus criados? — Es muy cierto; conozco muy bien que siempre que nos asiste la fuerza ó el poder faltamos á la generosidad y á la humanidad si no somos benignos, pacíficos é indulgentes. — Cuando se manda, pues, es menester no mandar sino cosas justas; es preciso procurar hacer felices á los que nos están subordinados; sin esta mira la autoridad solo es tiranía, y nada hay mas despreciable y vil que un tirano.

Divertidos en esta conversacion llegaron á la Quinta Mr. Fremont y su discípulo á tiempo que se iba á poner la mesa. Encontraron un caballero de las cercanías, á quien no conocian, al que la Marquesa habia convidado á comer. Este sugeto, llamado Mr. de la Paliniere, de edad de cincuenta y cinco años, era muy feo, y tenia ademas una verruga en la nariz, las cejas muy largas y pobladas, y una peluca negra y redonda, que le cubria la cara, á modo de un gorro de dormir, tapándole casi toda la frente; era ademas tartamudo, y se distraia mucho y á menudo. Fué tanto lo que chocó á Pulqueria su persona y traje, que no podia apartar de él la vista; no decia palabra alguna Mr. de la Paliniere que no le diese gana de reir; no obstante, el temor de enojar á su madre la obligaba á reprimirse, y todo el tiempo que duró la comida no dió nada que decir.

Acabada esta, Mr. Fremont, que habia sabido que Mr. de la Paliniere jugaba al ajedrez, le propuso jugar un rato. M. Fremont, que creia ser un jugador de *segunda fuerza*, dió á entender al convidado que lo era de la primera, y en consecuencia Mr. de la Paliniere

pidió con mucha modestia una torre. La Baronesa y la Marquesa se sentaron á trabajar al otro cabo del salon, y Pulqueria se sentó al lado del abate, para tener enfrente al de la peluca, y considerarle muy á su sabor. Empieza el juego de ajedrez, y los dos jugadores parecia que estaban con igual atencion, guardando uno y otro el mas profundo silencio cuando de improviso M. de la Paliniere con el sosiego del mundo derriba y baraja todas las piezas. Creyendo Mr. Fremont que era alguna distraccion se echó á reir, diciendo : ¿Qué hace Vd.? — Es que nos hemos equivocado, respondió Mr. de la Paliniere, yo soy quien debe dar la torre, volvamos á empezar. Al oír esto Mr. Fremont se quedó suspenso, y Pulqueria soltó una carcajada de risa.



En efecto, se comienza de nuevo la partida : Mr. Fremont se ve obligado á recibir la ventaja que al principio habia dado á su contrario, el cual en diez jugadas le da *mate*. Confundido Mr. Fremont repitió varias veces que su antagonista era jugador de la primera fuerza; pero él sostenia que ni á la segunda llegaba.

Durante esta altercacion Pulqueria se reia maliciosamente, diciendo que segun eso no jugaba Mr. Fremont tan bien como pensaba, expresion que acompañó con algunas chanzas algo imper- tinentes. Su madre ocupada en la labor no parecia que habia hecho alto á nada de esto; pero luego que Mr. de la Paliniere se fué, Pul-

queria se acercó á su madre, y luego preguntó á la Baronesa si con- taria aquella noche alguna historia bastante larga. ¿Qué te importa, respondió la Baronesa, si tú no la has de oír? — ¿Y por qué, abue- lita? — Una niña mofadora é impertinente no merece que se la admita en nuestras veladas. — Pues, abuelita mia, ¿qué he hecho yo?... — Escúchame Pulqueria, le dijo su madre, ¿si yo procurase contradecir ó zaherir á una persona que fuese igual á mí, ¿proce- deria bien? No por cierto, en este caso sería mal criada y desatenta; habria motivo para creer que yo no tenia buen corazon y carecia de talento. Si pretendiese perturbar y enfadar á un superior, á una persona destinada á inspirarme respeto y veneracion por su edad y experiencia, sería en este caso mucho mas culpable, y mi conducta muy reprehensible. Esto supuesto, dime ahora : ¿debes tener respeto al amigo de tus padres, y al hombre que se dedica enteramente á la educacion de tu hermano? No solo debes tener respeto á Mr. Fre- mont, sino que tambien, si tienes buen corazon, le has de tener mucho afecto... — Sí, señora, respondió Pulqueria llorando, le respeto y le amo... — Y no obstante acabas de hacer burla de él, y has hecho de tu parte todo lo posible para enfadarle. Aun cuando fuese cierto que prétendiera jugar perfectamente al ajedrez, y que fuese infundada esta pretension; ¿deberias procurar que se notase este poco de amor propio? ¿Acaso puede un buen corazon diver- tirse con los errores ajenos? ¿Es posible con un espíritu recto tener tanta malignidad... sobre todo cuando tiene por objeto á una per- sona que debemos querer. — ¡Oh mamá mia, exclamó Pulqueria anegada en llanto! ahora conozco que me he reido inoportunamente; pero lo he hecho sin mala intencion. — En efecto, mamá, añadió Carolina enternecida, yo estaba delante, y no creo que mi hermana tuviese ánimo de enfadar á Mr. Fremont... — ¿Es posible, Carolina, interrumpió madama de Clemira mirándola atentamente, es posible, hija mia, que pensases eso? Al decir eso su madre, Carolina se puso colorada, bajó la vista y enmudeció. ¿Y tú, Pulqueria, con- tinuó la Marquesa, estás cierta de haberte reido sin intencion? ¿No has tenido gusto en haber visto, como suponias, abochornado á Mr. Fremont? ¿No le has dicho nada con ánimo de picarle?... Exa- minate bien, y responde. — Mamá... Bien sabe Vd. que no soy capaz de mentirle en nada... — Así lo creo. — Mamá... — Pues bien, ¿qué dices? — No merezco asistir á las veladas. — Pero

30251

UNIVERSIDAD DE BIELLETON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
FONSO REYES  
5 MONTERREY, MEXICO

mercedes siempre mi amor, puesto que has confesado tu falta con sinceridad... — Pero, mamá mía, ¿me destierra Vd. de la tertulia para siempre?... — No, solo por ocho dias... — ¡Ay, Dios mio!... ¿Pero me perdona Vd.? — Sí, porque estoy segura que tu culpa no nacia del corazon. — En efecto, mamá, solamente ha sido falta de reflexion. — Así lo creo, y el arrepentimiento que muestras me hace esperar que no volverás á incurrir jamas en otra semejante. Ahora, prosiguió la Marquesa, ven acá, Carolina; tengo tambien que darte una reprension: no hace mucho que por disculpar á tu hermana has dicho lo que no pensabas en tu interior. — Mamá... lo confieso... pero... — El motivo que te ha hecho faltar á la verdad merece sin duda alguna indulgencia; no obstante no hay cosa que pueda autorizarnos á mentir. ¿Te sería lícito por servir á tu hermana no ejecutar un mandato que yo te hubiese impuesto, diciéndote si faltas á él me ofenderás gravemente? — No, señora, de ningun modo. — Pues no solo me has ofendido á mí, sino, lo que es peor, tambien á Dios. — ¡Es posible!... pero es verdad, los mandamientos de la ley de Dios prohiben la mentira. — Ademas debes estar cierta de que nunca puede ser verdaderamente útil la mentira; tarde ó temprano se descubre, y deshonra al que la ha usado, en vez de que la verdad al mismo tiempo que nos hace estimables, captando la confianza de todos, nos sirve aun en aquellas ocasiones en que se podria creer fuese peligrosa ó nociva. — Estas reflexiones tan justas, dijo la Baronesa, me hacen acordar de un caso histórico muy interesante. — Abuelita mía, dijo Pulqueria, si Vd. lo guarda para la noche yo no lo oiré... — Pues bien, respondió la Baronesa, me convengo en referirlo ahora mismo.

Al oír esto Pulqueria se arrojó á los brazos de su abuela, que la detuvo en ellos, sentándola sobre su regazo: César y Carolina se acercaron, y la Baronesa dijo de este modo: El lance que deseáis saber se halla en la historia de los Árabes. Hégiájes, célebre guerrero árabe, pero de un genio cruel y feroz, habia condenado á muerte á varios prisioneros de guerra, y habiendo obtenido uno de ellos que Hégiájes le escuchase un instante, le dijo así: Deberias, señor, perdonarme, porque un dia que Abdarrahman proferia contra ti varias imprecaciones le reconvine diciéndole que hacia mal, y desde este instante estuve mal con él. Hégiájes le preguntó si tenia algun testigo de este hecho, y el oficial nombró á un prisionero condenado

tambien á muerte; mandó Hégiájes á este que dijese si era cierto; y habiéndole respondido que sí, concedió el perdon al primero. Despues preguntó al que habia servido de testigo si habia imitado á su compañero tomando su partido contra Abdarrahman; pero este, continuando con declarar la verdad, le respondió que no lo habia hecho. Esta magnanimidad y noble franqueza dejó admirado á Hégiájes á pesar de su ferocidad. Pues bien, le dijo despues de un instante de silencio, ¿si te diese la vida y la libertad continuarias siendo mi enemigo? No, señor, dijo el cautivo; pues me basta, respondió Hégiájes, y te creo con solo que lo digas; me es imposible dudar de tu veracidad habiendo visto cuán grande horror tienes á la mentira; conserva una vida que estimas en ménos que el honor y la verdad, y recibe de mí la libertad como justa recompensa debida á tu virtud.

Ya veis, hijos míos, prosiguió la Baronesa, que la verdad, como tu madre dice, nos es útil aun en aquellas circunstancias en que parece deberia perjudicarnos. ¿No habéis creído que en esta ocasion se hubiera duplicado el furor de un hombre despótico y sanguinario? Y no obstante tiene la verdad tanto atractivo, que en vez de irritar al tirano, le aplaca y le desarma. — Y ademas, dijo Pulqueria, cualquiera que llegue á lograr fama de verídico, con solo decir una cosa se le cree como si lo jurase. — Es cierto, las protestas de nada sirven: solo un *sí* ó un *no* de un sugeto veraz logra mas crédito que todos los juramentos que podria hacer otro cuya veracidad fuese algun tanto sospechosa. Ya os acordaréis acerca de esto de aquel lance que os conté de la gloriosa prueba de estimacion que los atenienses dieron á Xenocrátes. En fin no se puede poseer esta recomendable cualidad sin ser verdaderamente virtuoso, y por tanto todos los hombres grandes han sido particularmente recomendables por su amor á la verdad, entre otros Xenocrátes, filósofo esclarecido, y de quien acabamos de hablar; y Epaminóndas, aquel héroe tan virtuoso, y cuya máxima fundamental era el no mentir jamas, ni aun en chanza.

Mr. Fremont, que llegó entónces, interrumpió la conversacion preguntando á la Marquesa si queria ver á Agustínico, que acababa de llegar con su madre. Madama de Clemira, á quien César habia referido el lance del paseo, respondió que tendria mucho gusto en conocerle; por lo que entró este con Magdalena su madre, la que

ofreció á la Marquesa una cestilla de huevos frescos. Toda la familia hizo mil agasajos á Agustínico. La Marquesa, que se habia informado de la situacion de Magdalena, sabiendo que era pobre, y que su marido estaba aun convaleciente de una grave enfermedad, le dió gustosa, á ruegos de César, cuatro luises, mitad de la cantidad reservada para una buena accion : ademas hizo prometer á Agustínico que vendria á jugar con César todos los dias. Pidió Agustínico permiso para traer consigo algunas veces á su hermanito Nicolás, porque decia « que Colás se moriria de tristeza si se quedase solo en » casa. » Todos alabaron mucho el cariño de Agustín para con su hermanito, y se le otorgó lo que pedia.

Se iba llegando la hora de la velada; y viendo César y Carolina el sentimiento de su hermanita por no poder asistir á ella, resolvieron suplicar á la abuelita que no contase cuento ni historia alguna en los ocho dias que durase la penitencia de Pulqueria, prefiriendo la dilacion de un gusto que tanto deseaban al pesar de que su hermana no lo participase. Aplaudió la Baronesa su conducta, y se decidió que no habria velada para nadie en los ocho dias.

En este tiempo una tarde que estaba madama de Clemira en conversacion con sus hijos, le dijo Carolina : Mamá, Vd. nos ha prohibido todo género de trato con los criados, porque dice Vd. que no tienen crianza ni educacion, y no obstante nos permite hablar con varios aldeanos, y aun Vd. misma parece tiene gusto en hablar con Felipe, con Mónica y Magdalena. — Es muy cierto, respondió su madre, y voy á explicaros esta aparente contradiccion. Los criados no tienen educacion, pero no obstante la costumbre de oir hablar á sus amos hace su lenguaje ménos tosco y grosero que el de los aldeanos; pero por otro lado no es ménos defectuoso, porque el vicio principal que las personas sensatas encuentran en él, consiste mas bien en la bajeza de las expresiones y puerilidad de las ideas, que no en los términos. No temo que oyendo hablar á los aldeanos imitéis su lenguaje tosco; su modo de pronunciar es muy distinto del vuestro para que os podáis acostumbrar á él; por el contrario, seria muy posible que en vuestra edad no conociérais lo defectuoso del de los criados, y por consiguiente los imitárais sin sentirlo : ademas, tienen en general todos los criados vicios y defectos que son indispensablemente anexos al estado en que se hallan. Es muy difícil que un hombre sea virtuoso cuando no habiendo tenido educacion no es

laborioso, ó tiene una vida holgazana. Un lacayo, por ejemplo, no está ocupado en su obligacion todo el dia; de las cuatro partes de él pasa las tres sin hacer nada, y como carece de medios para ocuparse, no sabiendo ni leer ni hablar, se divierte bebiendo y jugando; sus costumbres se adulteran, y en breve tiempo se hace vicioso. Estas son las resultas de la ignorancia y de la ociosidad. Por el contrario el aldeano, siempre ocupado, siempre activo, viviendo léjos de las ciudades y de los malos ejemplos, conserva las costumbres puras y sencillas, y las virtudes naturales, cuyo principio existe en el fondo de nuestro corazon. Confieso que gusto de hablar con ellos : su sencillez y su buen natural me interesan; sus expresiones suelen ser ridículas, pero nunca bajas; su modo de expresarse original y raro me trae á la memoria el gracejo é ingenuidad de nuestros autores antiguos : en una palabra, gusto de tratarlos y examinarlos, porque son aplicados y virtuosos; gusto de oirlos porque son verídicos, y nunca emplean la menor exageracion. Dias pasados cuando el tío Felipe al ver correr á Carolina exclamaba : ¡ qué traviesa que es ! mi amor propio de madre se daba por mas contento que si hubiese oido en Paris aquella frase tan comun : *es un embeleso*. Ademas, hijos míos, continuó la Marquesa, no creáis que os hablo en general : toda esta clase de juicios admite varias excepciones; se pueden hallar labradores muy viciados, y tambien criados virtuosos. Tenéis la prueba en Morel, lacayo de César; fuera de que vuestra abuelita os contará dentro de algunos dias una historia interesante, y que os hará ver mucho mejor que no hay clase en que no se puedan hallar las mas sublimes virtudes. — Mamá, ¿ con que Vd. sabe esa historia? — Sí, y la sabemos de uno de nuestros conocidos que ha tratado particularmente á los personajes de ella... — ¡ Qué deseos tengo de saberla !... -- Y yo tambien. — Y yo y todos. — De aquí á cuatro dias lo lograréis. — Dentro de cuatro dias, ¡ tanto tiempo !

En fin se pasaron estos cuatro dias tan largos. ¡ Con cuánto gusto vieron llegar el de la velada, y con qué alegría é impaciencia se esperó la noche !... A las ocho y cuarto toda la familia habia cenado : cada cual ocupa su puesto, y la Baronesa empieza la historia siguiente.